

Un reino...

L. SILLENS

En el tomo II/1 de su obra *Un judío marginal*, J.P. Meier expone sus investigaciones sobre la expresión *reino de Dios*, característica de la época en que vivió el profeta de Nazaret, la cual, sin embargo, tiene un origen más antiguo y aparece en algunos libros de la Biblia hebrea, o Antiguo Testamento, que eran el vehículo a través del cual la conciencia de la religión que practicaba el profeta de Nazaret se afirmaba en la creencia de que ese reinado adquiriría una manifestación real y efectiva en el mundo terrenal, y más concretamente en el espacio geográfico en el que esa religión estaba inscrito.

Así es, los fieles del judaísmo esperan esa manifestación. Y no otra cosa vienen a proclamar estos profetas, Juan el Bautista, Jesús de Nazaret y otros antes y después que ellos, profetas que por una u otra razón no alcanzan la autoridad ni el prestigio suficientes dentro del ámbito espiritual al que pertenecen como para ser aceptados por las corrientes dominantes en él. El reino de Dios no es para estos hombres de ardiente espiritualidad un símbolo teológico, sino algo concreto y, al menos en su fogosa imaginación, literalmente palpable, con una vertiente práctica inmediata que se traduce en un sentimiento urgente, apremiante y más o menos alborozado y angustioso.

Lo que creen percibir claramente es que el final está al caer, y que los que se viven son ya los últimos días. La figura sobrenatural en la que creen se va a hacer presente y va a inaugurar un "reinado" de forma eficaz y efectiva. Por supuesto, para alguien que llega a creer *de verdad* en ella, esta creencia constituye una referencia que revoluciona literalmente su vida, que implica una convulsión de la dimensión física y temporal en la que hasta entonces se ha venido desenvolviendo su existencia y que le proporciona, hay que suponer, una sensación colmada de esa intensidad que parece no engañar respecto al carácter del mensaje que contiene. Intensidad que es muy fácil confundir con cla-

ridad. Pues en una conciencia individual una fuerte e intensa experiencia muy bien puede dar pie a la convicción de que aquello mismo que tan intensamente se experimenta corresponde a algo que no puede dejar de ser real. Es decir, algo que fuera de ese sistema individual de realidades subjetivas correspondería a una realidad objetiva. Con tanta más facilidad cuanto más apartado está el sujeto de las explicaciones racionales a la hora de interpretar sus sentimientos, y por lo tanto de manera tanto más inevitable cuanto más se retrocede en la historia, desde la época actual, en la que la ciencia es capaz de explicar muchas cosas a las que antes no se les encontraba explicación, o bien, la única explicación que se les encontraba era de orden sobrenatural, hacia atrás, y tanto más aún cuanto más hacia atrás.

Aquella revolución tiene algo de revelación cosmológica. Todo lo trastoca y lo hace aparecer bajo otra luz; una luz que elimina toda incertidumbre, y que es tan intensa como la seguridad que produce de estar en comunicación directa con la única verdad posible. Promesas sobre la futura restauración del reino de Dios. Esperanzas en torno a un nuevo David que gobernará en Jerusalén. Promesas y esperanzas que tardan en cumplirse, lo que favorece la aparición de textos apocalípticos, como el de Daniel, en el siglo II a. C. "Muchos de los que descansan en el polvo de la tierra se despertarán, unos para la vida eterna, otros para vergüenza y horror eternos...". El reinado de Dios aparece en algunos de los libros deuterocanónicos (no incluidos en el canon de la Biblia hebrea), como *Tobías*, *Eclesiástico*, *Judit*, *Sabiduría*, o el segundo libro de los *Macabeos*. Así como en los llamados pseudoepígrafos, denominación en la que entran libros escritos en la época en que vivió el profeta de Nazaret y que no han sido incluidos en ninguno de los dos cánones; también designados como literatura intertestamentaria. En el *Testamento de Moisés*, compuesto hacia el siglo II a. C., ese reinado se va a manifestar en todo su poder y



Andrew Wyeth: *Paisaje de Pensilvania*.

con todo su esplendor. El martirio sufrido por un levita llamado Taxo y sus siete hijos, a manos de Antíoco Epífanes, va a traer como consecuencia que los acontecimientos se precipiten. Dios se levantará de su trono. Un terremoto, el oscurecimiento del sol y de la luna y otras señales cósmicas anunciarán el final de los tiempos. Tras castigar a los gentiles, Dios elevará a su pueblo al cielo. En los *Salmos de Salomón*, del siglo I. a. C., se habla de un Mesías, Hijo de David, que debería venir a hacer efectivo el reinado de Dios en la tierra. Un Mesías humano, aunque con poderes tales que hacen de él prácticamente un ser de carácter divino.

Meier se interroga sobre el sentido que podría tener para Jesús de Nazaret esta expresión que tanto parece haber utilizado en sus predicaciones, *reino de Dios*, para lo cual examina algunos de los dichos evangélicos que la contienen y que, a diferencia de otros, "parecen verdaderamente auténticos". En la petición del pan de cada día encuentra una muestra de que el profeta de Nazaret "comparte con bastantes escritos veterotestamentarios, pseudoepigráficos y qumránicos una esperanza escatológica relativa a la existencia corporal concreta y no sólo a las almas incorpóreas del cielo". Si pronunciamos en voz alta estas palabras: *'abba', yitqaddash shemak, te'teh malkutak, lajmana' di misteya' hab lanah yoma' denah, ushebuq lanah jobayna' kedi shebaqna' lejayyabayna'*, *we'al ta'elinnana' lenisyon*, estaríamos pronunciando aquello que luego sería conocido

como el padrenuestro de una forma muy aproximada a aquella en que lo recitó el propio Jesús de Nazaret en arameo. Es decir, estaríamos pronunciando palabras dichas por él mismo. La forma original de esta oración, según la investigación de Meier, sería más o menos la siguiente: "Padre, santificado sea tu nombre; venga tu reino; nuestro pan de cada día dánoslo hoy; y perdónanos nuestras deudas como nosotros perdonamos a nuestros deudores; y no nos lleves a la prueba". La petición del perdón de las deudas "apunta hacia el terrible juicio final que Dios, el rey, celebrará el último día". Mientras que el perdón de los deudores se inscribe en un plano cotidiano inmediato: necesidad de perdonarlos sin pérdida de tiempo, porque mañana mismo puede ser demasiado tarde. El "no nos lleves a la prueba" haría alusión a un combate escatológico del estilo de los descritos en ciertos textos de Qumrán, en el cual se preferiría no intervenir. Y el "venga tu reino" no es ni más ni menos que lo que esas escuetas palabras expresan: venga tu reino. No en un incierto futuro, sino ya, ahora mismo, cuanto antes.

Junto con la anterior oración, examina Meier algunos versículos de Marcos (9, 1; 14, 25) que aluden claramente a la inminencia con que es esperado el final, pero que por distintos motivos no lo convencen del todo. Meier se siente mucho más cómodo al sopesar la imprecisión de los plazos temporales manejados en los textos evangélicos que al considerar su carácter inmediato. Hay que tener en cuenta que Meier es

un sacerdote católico. Como también hay que tener en cuenta que en la creencia apocalíptica el plazo no sabe ser impreciso, sino que invoca un momento siempre inminente. El tiempo en el que se van a precipitar los acontecimientos está cercano; el

plazo remite a un futuro que está confundido con el presente, hasta el punto de que se puede decir que el futuro deja de tener sentido, se convierte en una palabra que alude a un tiempo que no se diferencia del presente inmediato. Sólo el propio paso del tiempo ha acostumbrado, o más bien obligado, a pensar en un plazo difuso e impreciso. Se lleva esperando el fin del mundo demasiado tiempo como para pensar en él de otra manera. Han sucedido cosas demasiado graves, y lo que tenía que haber hecho acto de aparición ha brillado por su ausencia. En realidad, la palabra futuro no es una palabra propia del apocalipsis. En el libro cristiano del *Apocalipsis* se dice: "No selles las palabras proféticas de este libro, porque el Tiempo está cerca". El Tiempo no puede no estar cerca en la mentalidad del que lo espera con tanta convicción. El Tiempo siempre está cerca, y también lo estaba para el profeta de Nazaret y sus seguidores. ¿Que ahora resulta forzoso interpretar sus palabras, o las fragmentarias huellas de sus presuntas palabras, asociándolas a una perspectiva distinta? Bueno, sí, ¿qué otro remedio queda? Es inevitable. Pero Meier, siendo alguien comprometido con una fe, no es una persona que rehuya la verdad histórica, por temible que sea la apariencia que ésta le ofrece, y así, también él, como tendremos ocasión de comprobar, no va a tener más remedio que aceptar que, efectivamente, el profeta de Nazaret estaba convencido del carácter inminente de la manifestación de aquello que él llamaba "reino de Dios".